

na una vuelta en Roma, no hay basilisco ni víbora que por la boca no eche tanta ponzoña! ¡Quién acabára hoy con una mujer romana á que se esté once años á la continua sin que persona le vea la cara, como sea verdad que todo lo más del día no lo expenden sino en alimpiar la ropa y pintar la cara! ¡Quién acabase ahora con una mujer romana á que se estuviese once años sin que fuese visitada de sus amigos y deudos, como sea verdad que las mujeres con aquellos tienen mayores enemistades, los cuales las visitan pocas veces. Tornando pues al propósito, como aquel monóculo le pasasen por la puerta de la mujer de Torcuato estando preñada, y su marido en la guerra, acaso una criada suya dijole cómo pasaba el monóculo, y tomole tan sobrado deseo de verlo, que súbitamente murió de aquel antojo. Por cierto y por verdad te digo, Faustina, que muchas y muchas veces habia pasado aquel monóculo por el barrio do ella moraba, y jamas quiso ponerse á la ventana, ni ménos salirse á la puerta. Fué la muerte desta matrona

muy sentida y muy llorada, porque habia muchos años que no habia gozado de tal romana Roma. A petición de todo el pueblo y del mandamiento del sacro Senado, le pusieron en el sepulcro este verso: «Aquí yace la gloriosa Macrina, mujer de Torcuato, la cual quiso aventurar su vida por asegurar su fama.» Mira, Faustina, á mi parecer, no se hizo la ley por remediar la muerte de aquella matrona, pues ya era muerta, sino porque á vosotras quedase ejemplo de su vida, y á toda Roma para siempre de su muerte quedase memoria. Justa causa es, que pues la ley se ordenó á causa de preñada honesta, que no se guarde sino con preñada virtuosa. A las mujeres que piden les guarden la ley de las preñadas, por esta misma ley les pregunten si son muy honestas. Hágote saber, Faustina, que en la séptima tabla de nuestras leyes están estas palabras: «Mandamos que do hubiere corrupcion de costumbres no se les guarden sus libertades.»

## FILOSOFIA MORAL DE PRINCIPES.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo los príncipes y grandes señores en los tiempos pasados eran muy amigos de sabios, y de la diligencia que ponían en buscarlos. Es capítulo notable.

Una de las cosas que hizo gloriosos á los siglos antiguos, y de inmortal memoria á los gobernadores dellos, fué los príncipes ser diligentes en buscar sabios para traer consigo, y los reinos ser obedientes en cumplir lo por ellos aconsejado; porque poco aprovecha que el Rey traiga consigo un enjambre de sabios para gobernar, si los del reino están armados de malicia para no obedecer. Los príncipes que no tienen en mucho el consejo de los sabios, téngase por dicho que han de tener en poco sus mandamientos, porque la ley que de hecho y no de derecho se ordena, no merece ser obedecida. No podemos negar los que revolvemos las historias de los antiguos, sino que los romanos naturalmente fueron soberbios; pero no podemos negar que cuan osados eran en las cosas de la guerra, tan mansos y tan templados se mostraban en las cosas de la república; y á lo cierto en esto mostraba Roma su cordura y potencia; porque así como con feroces caudillos se destruyen los enemigos, así con prudentes sabios se gobiernan en paz los pueblos. Muchas veces me paro á pensar de dó procede tanta discordia entre súbditos y señores, y entre príncipes y vasallos; y echada mi cuenta, hallo que los unos y los otros tienen razon; ca los súbditos quéjasen de la poca benignidad que hallan en sus señores, y los señores quéjasen de la mucha desobediencia que hallan en sus súbditos; porque á la verdad la desobediencia va envuelta con malicia, y el mandamiento va encaminado á codicia. Ha crecido tanto la

desvergüenza del obedecer, y hase desenfrenado tanto la ambición en el mandar, que á los súbditos les parece que el yugo de pluma es de plomo, y por contrario, á los príncipes y señores les parece que contra un mosquito que vuela han menester desenvainar la espada. Todo este daño público no viene sino de no tener los príncipes cabe sí hombres sabios que les aconsejen en secreto; porque jamas hubo príncipe buen o teniendo e consejo malo, ni jamas hubo príncipe malo teniendo el consejo bueno. Entre los príncipes y prelados que gobiernan, hay dos cosas: la una es la dignidad del oficio, y la otra es la naturaleza de la persona; y puede ser que uno sea bueno en su persona y malo en su gobierno; y por contrario, uno sea bueno en su gobierno y malo en su persona; y por eso decia Tulio que jamas hubo ni habrá tal Julio César en su persona, ni tan mal gobernador como él fué para la república. Gran bien es que sea uno buen hombre, pero sin comparacion es muy mayor bien que sea buen príncipe, y por contrario, gran mal es que sea uno mal hombre, pero muy peor es que sea mal príncipe; porque el mal hombre solamente es malo para sí, pero el mal príncipe, no sólo es malo para sí, pero es malo para los otros. Cuanto la ponzoña está por el cuerpo más derramada, tanto en mayor peligro pone la vida; quiero decir, que cuanto más puede un hombre sobre la república, tanto más daño hace si tiene la vida aviesa. Yo no sé por qué los príncipes y grandes señores son tan curiosos en buscar los mejores médicos para curar sus cuerpos, y junto con esto, son tan remisos en buscar hombres sabios para gobernar sus reinos; porque á la verdad, sin comparacion es mayor daño la mala gobernacion en la república que no la enfermedad en su persona. Hasta

hoy no hemos leído, ni ménos visto, por falta de médicos perderse el Rey ni perderse sus reinos; pero por falta de sabios consejeros, infinitos reyes y reinos hemos visto ser asolados. La falta de un médico puede causar peligro en una persona, pero la falta de un sabio puede acarrear mucha discordia en el pueblo, porque á la verdad en tiempo que hay revoluciones en los pueblos, mayor provecho hace un consejo maduro que cien purgas de ruibarbo. Isidoro, libro iv de sus *Etimologias*, afirma que por espacio de cuatrocientos años estuvieron los romanos sin médicos, ca Esculapio, hijo de Apolo, fué el último médico en Grecia, y Archabuto, hombre tan insigne en la medicina, pusieronle en el templo de Esculapio una estatua; porque eran tan agradecidos los romanos, que á uno que se extremaba en hacer una cosa señalada, ó le pagaban con pecunia, ó le ponian estatua, ó le libertaban en la república. Ya despues que el médico Archabuto era viejo y estaba rico, como por ocasion de algunas úlceras y llagas peligrosas cortase brazos y piernas á los romanos, pareciéndoles que era hombre crudo, sácanle por fuerza de su casa, y apedréanle en el campo Marcio; y desto no se maravilla nadie, porque á las veces ménos mal es en una enfermedad sufrir los dolores que no esperar los crueles remedios que nos aplican los cirujanos. Es de saber, si en el tiempo que Roma estuvo sin médicos, si estuvieron los romanos desbaratados y perdidos; á esto respondo que jamas tuvieron ellos tiempos tan prósperos como fué en aquellos cuatrocientos años que estuvieron sin médicos; porque entónces se perdió Roma, cuando en Roma admitieron los médicos y alanzaron de Roma los filósofos. No digo esto por perjudicar á los médicos, ni me pareciera que los príncipes deben estar sin ellos; y que, según ya es flaca la carne humana, cada dia tiene necesidad de ser socorrida; que á la verdad, los médicos cuerdos y sabios no nos dan sino sanos consejos; porque no nos persuaden sino á que en el comer, en el beber, en el dormir, en el andar y en el negociar seamos sobrios y tomemos los remedios. El fin por que digo esto, es persuadir á los príncipes y grandes señores que de la mucha diligencia que ponen en buscar médicos, y de los muchos dineros que gastan en sustentarlos y contentarlos, que hiciesen alguna cosa destas en buscar hombres sabios para aconsejar sus personas, y tomar sus consejos, porque si supiesen los hombres qué cosa es tener un sabio que mande su casa, por un solo sabio darian toda su hacienda. No poca compasion es de tener á los príncipes y grandes señores, que pierden muchos dias en el mes y muchas horas en el dia en hablar de guerras, de edificios, de armas, de manjares, de bestias, de cazas, de medicinas, y aun á las veces de vidas ajenas, y esto no con personas más virtuosas que sábias, los cuales ni saben mover plática de alto estilo, ni ménos dar conclusion en lo que está platicado. Muchas veces acontece que el príncipe mueve una plática, y muévela delante aquellos á los cuales por escrito ni por oidas jamas vino á su noticia, y despues así se ponen á determinarla, ó por mejor decir, á porfiarla, como si toda su vida hobieran estudiado en ella; lo cual procede de poca vergüenza y de poca crianza; porque los privados delante sus príncipes con licencia pueden

V. F.

hablar; pero por privados que sean, con licencia ni sin licencia, no les es lícito porfiar. Elio Esparciano, en la *Vida de Severo Alejandro*, dice que el emperador Severo fué una vez preguntado por un embajador de Grecia que cuál era la cosa que más pena le daba en Roma, respondió Severo: «No hay cosa que más enojo me haga, que cuando yo estoy en placer levanten mis criados una porfia, y no me enojo porque me pesa que las cosas sean disputadas y aclaradas, sino cuando uno es muy porfiado, sin tener en lo que dice fundamento, porque el hombre que da razon de su dicho no se puede llamar porfiado.» Fué preguntado una vez al grande emperador Teodosio que habia de hacer un príncipe para ser bueno; respondió Teodosio: «El príncipe virtuoso, cuando fuere de camino, han de ir sabios con él hablando; cuando comiere, han de estar sabios á su mesa disputando; cuando se retrajere, con sus sabios ha de estar leyendo; finalmente, todo el tiempo que le vacare, con sus sabios le han de hallar aconsejando; porque no es tan atrevido el caballero que entra sin armas en la batalla, como el príncipe que sin aconsejarse de sabios quiere regir la república. Lampidio, libro *De gestis romanorum*, dice que el emperador Marco Aurelio jamas á su comer, á su acostar, á su levantar, á su caminar, ni en público ni en secreto, permitió que se hallasen con él locos, sino sabios, y á la verdad tenía razon, porque no hay cosa de veras ni de burla que los hombres quieran en este mundo, que no la hallen mejor en un sabio que en un loco. Si un príncipe está triste, ¿por ventura no sabría mejor consolarle un sabio con dichos de escritura, que no un loco con palabras de locura? Si un príncipe está próspero, ¿por ventura, para sustentarse en aquella prosperidad, no le valdrá más acompañarse con un hombre cuerdo, que no fiarse de un loco malicioso? Si un príncipe tiene necesidad de dineros, ¿por ventura no le dará el sabio mejores medios para haberlos, que no un loco, que jamas hace sino pedirlos? Si un príncipe quiere pasar tiempo, ¿por ventura no se desenojará mejor oyendo á un sabio historias muy sabrosas de los tiempos pasados, que no escuchando á un loco cosas deshonestas y aun dichos maliciosos de los tiempos presentes? Lo que dije de los médicos, lo mismo digo de los locos; ca no digo yo que no los tengan para los pasatiempos, aunque á la verdad, mejor dirémos que son para perder el tiempo que no para pasar el tiempo; porque muy justamente y con razon se llama tiempo perdido el que se gasta sin servicio de Dios ni provecho del prójimo. De lo que estoy maravillado y aun escandalizado es, no tanto de lo mucho que pueden en casa de los señores los hombres locos, cuanto de lo poco que pueden y en lo poco que tienen á los hombres prudentes y sabios; porque gran injusticia es que en casa de los príncipes entren los locos hasta la cama, y no pueda entrar un sabio aún en la sala; de manera que para los unos no hay puerta cerrada, y para los otros no hay puerta abierta. Los que ahora somos, con razon loamos á los que ante nosotros fueron, no por más, sino que en los tiempos pasados, siendo muy pocos los sabios y estando el mundo lleno de bárbaros, de esos mismos bárbaros en suprema reverencia los sabios eran tenidos; porque mucho tiempo duró

esta costumbre en Grecia, que cuando pasaba un filósofo cabe un greciano, se había de levantar, y habiéndole de hablar, no se podía asentar. En contrario desto, todos los que vinieren despues reprehenderán á los que ahora somos, en que habiendo hoy, como hay, tan gran hueste de sabios, y viviendo, no entre bárbaros, sino entre cristianos, es lástima verlo y afrenta escribirlo, ver en cuán poco son tenidos, porque hoy, por nuestros pecados, no los que saben más ciencia, sino los que tienen más hacienda, aquellos mandan más en la república. Yo no sé si los haya depravado la sabiduría ó que ya el mundo totalmente tiene perdido el gusto della, que apenas hay hoy sabio que limpiamente viva sólo por ser sabio, sino que le es necesario aún para ganar de comer ser bullicioso. Oh mundo! Oh mundo! Yo no sé cómo escapa de tus manos ni cómo se defiende de tus peligros el hombre simple y idiota, cuando los hombres sabios y prudentes, aún con toda su sabiduría, apenas pueden tomar tierra segura, porque todo lo que saben todos los sabios desta vida, todo lo han menester para defenderse de tu malicia. Leyendo lo que leo de los tiempos pasados, y viendo lo que veo en los tiempos presentes, en duda estoy cuál fué mayor, ó la solicitud que tuvieron los príncipes virtuosos en buscar los sabios para sus consejos, ó la mucha codicia que tuvieron otros en descubrir minas y mineros para sus tesoros. Hablando en este caso lo que siento, yo les juro á todos los que tienen cargo de gobierno, no me da más, sea príncipe, sea prelado, sea hombre privado, que algun día querrian tener cabe sí á un sabio que fuese verdaderamente sabio, más que no todo el tesoro que tienen atesorado; porque al fin, al fin, del buen consejo siempre se recrece provecho, y del mucho tesoro siempre se presume peligro. Antiguamente, cuando morian los príncipes virtuosos, y dejaban á sus hijos por sucesores de sus reinos, junto con ser mozos, veian que en las cosas del reino no quedaban instructos,

más solicitud ponian en darles ayos que les enseñasen buenas doctrinas, que no en darles mayordomos que les aumentasen sus rentas; porque á la verdad, la república, si se defiende con tesoros, no se gobierna sino con buenos consejos. Muchos vicios suelen tener los príncipes que son mozos; á los cuales por una parte la mocedad los convida, y por otra la honestidad se los niega; y en los tales, los tales vicios son muy peligrosos, en especial si no tienen sabios que para salir dellos les den buenos consejos, porque con la tierna edad no los saben refrenar, y por la mucha libertad no se los osan castigar. Sin comparacion los príncipes tienen más necesidad de tener cabe sí sabios para aprovecharse de sus consejos, que no ninguno de todos los otros sus súbditos, porque como están en el miradero de todos para mirar, tienen ménos licencia que ninguno de su reino para errar; ca si miran á todos, y tienen licencia de juzgar á todos, sin licencia ellos son de todos mirados y aún juzgados. Mucho deben parar mientes los príncipes de quién fian la gobernacion de sus reinos, á quién encomiendan sus ejércitos, con quién envian las embajadas á tierras extrañas, de quién fian el coger y guardar de sus tesoros; pero mucho más tienen que mirar y examinar á los que eligen por sus privados y consejeros, porque cual fuere la compañía que el príncipe tuviere en su consejo y casa, tal será la fama que tendrá en la tierra extraña y en la república propia. Si contra su voluntad oyen y saben cada dia los príncipes la vida de todos los que residen en su república, ¿por qué de su voluntad no examinarán y corregirán á los de su casa? Sepan los príncipes, si no lo saben, que de la limpieza de sus criados, de la providencia de sus consejos, de la cordura de su persona, y de la orden y concierto de su casa, depende todo el bien de la república; porque es imposible, estando en el árbol las raíces secas, veamos en las ramas verdes las hojas.

## CONTRA LAS GUERRAS DE CONQUISTA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Aquí Marco Aurelio llora, y nunca acaba de exclamar, porque Roma tomó guerra con Asia, y de los grandes daños que se siguen en los pueblos de que sus príncipes tomen guerras con reinos extraños.

¡Oh triste de tí, Roma, que no solia en tí haber esta mala ventura, sino que cuanto más te vas haciendo antigua, tanto te veo más desdichada; porque en las escrituras lo leemos, y aún con los ojos lo vemos, que cuanto una ciudad ó persona fué en los principios más fortunada, tanto en las creces les es más contraria la fortuna! Por cierto en los tiempos antiguos, y en aquellos siglos gloriosos digo, cuando tú eras poblada de verdaderos romanos, y no como agora, que no tienes

sino hijos espurios, tan disciplinadas eran las huestes que salian de tí, oh Roma, como los filósofos y academias que estaban en Grecia. Si las escrituras griegas no me mienten, Filipo, el gran rey de Macedonia, por eso es tan nombrado en las historias, y su hijo el magno Alejandro por eso fué tan venturoso en las guerras; porque tenían sus huestes tan corregidas, que más parecia senado que regía que no campo que peleaba. A lo que podemos colegir de Tito Livio y de los otros escritores, desde el dictador Quinto Cincinato hasta el noble Marco Marcelo fueron los tiempos más prósperos que hubo en el imperio romano; porque de ántes fatigáronla reyes, y después fué perseguida de tiranos. En aquellos tiempos tan felices, una de las mayores felicidades que tenía Roma era tener la disciplina mili-

tar muy corregida, y entónces Roma comenzó á decaer cuando nuestros ejércitos se comenzaron á dañar, porque si los de la guerra tienen treguas con los viciosos, no podrán los de la república tener paz con las virtudes. ¡Oh, maldita seas, Asia, y maldito el dia que contigo tomamos conquista, porque el bien que se nos ha seguido de tí, hasta agora no le hemos visto, y el daño que de tí nos vino, para siempre en Roma será llorado! Oh Asia maldita! gastamos en tí nuestros tesoros, y tú empleaste en nosotros tus vicios; á trueque de hombres fuertes enviástenos tus regalos; expugnamos tus ciudades, y tú triunfaste de nuestras virtudes; allanamos tus fortalezas, y tú destruiste nuestras costumbres; triunfamos de tus reinos, y tú degollaste á nuestros amigos; hicíste cruda guerra, y tú conquistástenos la buena paz; de fuerza tú fuiste nuestra, y de grado nos somos tuyos; injustos señores somos de tus riquezas y justos vasallos de tus vicios; y finalmente, eres, oh Asia, un triste sepulcro de Roma, y tú, Roma, eres fétida sentina de Asia. Pues nuestros antiguos padres se contentaban con Roma sola, ¿por qué nosotros, sus hijos, no nos contentáremos con Roma y Italia, sino que fuimos á conquistar á Asia, do aventuramos nuestra honra y gastamos toda nuestra riqueza? Si aquellos antiguos romanos, siendo, como eran, varones tan heroicos en el vivir, y tan extremados en el pelear, y tan cuerdos en el mandar, y tan moderados en el tener, se contentaban con aquel poco término, ¿por qué nosotros, no siendo tales como ellos, no nos contentamos con un reino rico y vicioso? No sé yo qué locura nos tomó de ir á conquistar á Asia, y no contentarnos con Roma; ca no estaba Italia tan pobre de riquezas, ni tan despoblada de ciudades, ni tan huérfana de gentes, ni tan sola de ganados, ni tan inculta de bastimentos, ni tan seca de buenas frutas, que de todas estas cosas no teniamos más que tuvieron nuestros padres, y aún que merecimos tener nosotros, sus hijos. Para conmigo, diria yo que es falta de juicio ó sobra de soberbia querer nosotros exceder á nuestros pasados en señoría, no igualando con ellos en mérito. De todas cosas estoy contento yo de mis antepasados, excepto que fueron un poco soberbios y bulliciosos; y en esto bien les parecemos sus hijos, en que no sólo somos soberbios y bulliciosos, mas aún codiciosos y maliciosos, por manera que en las cosas de virtud quedamos muy atras, y en las obras no lícitas pasámosles muy adelante. ¿Qué es de las grandes vitorias que nuestros pasados hubieron en Asia? ¿Qué es de la infinidad de oro que robaron en aquella tierra? ¿Qué es de la muchedumbre de cautivos que cautivaron en aquella guerra? ¿Qué es de la ferocidad de los animales que enviaron á Italia? ¿Qué son de las riquezas que cada uno trujo para su casa? ¿Qué son de los poderosos reyes que prendieron en aquella conquista? ¿Qué son de las fiestas y triunfos con que entraron triunfando en Roma? ¿Qué quieres que te diga, mi Cornelio, en este caso, sino que todos los que inventaron la guerra son muertos, todos los que fueron á Asia son muertos, todos los que defendian aquella tierra son muertos, todos los que entraron triunfando en Roma son muertos; finalmente, todas las riquezas y triunfos que nuestros padres trujeron de Asia,

ellas y ellos al fin en breve tiempo hubieron fin, si no son los vicios y regalos, de los cuales no vemos fin? ¡Oh, si supiesen los príncipes cuerdos qué cosa es inventar guerras en reinos extraños, qué trabajos buscan á sus personas, qué cuidados á sus pensamientos, qué alborotos á sus vasallos, qué fin á sus tesoros, qué pobreza á sus amigos, qué placeres á sus enemigos, qué perdicion para los buenos, qué libertad para los malos, y qué dan que decir á los extranjerios; finalmente, siembran un universal daño en sus naturales reinos, y dejan una mala ponzoña á sus herederos propios! A ley de bueno te juro que si como yo lo siento, lo sintiesen, y como yo lo gusto, lo gustasen, y aún como yo lo he experimentado, lo experimentasen, no digo yo que con derramamiento de sangre tomara reinos por fuerza, pero aún ofreciéndomelos con lágrimas, no los tomara de balde; porque, hablando la verdad, no es de príncipes cuerdos, no más de por sustentar lo ajeno, poner en peligro lo suyo propio. Pregunto agora yo: qué provecho saca Roma de la conquista de Asia? Pongo caso que sea osada de conquistarla, sea poderosa en expugnarla, sea importuna en combatirla, sea dichosa en tomarla, ¿por ventura será fortunada en sustentarla? En este caso digo y afirmo, y de lo que digo no me arrepiento, que Asia es posible tomarla, pero es locura presumir de sustentarla. ¿No te parece suprema locura presumir de sustentar á Asia, pues jamas nos viene nueva de una vitoria, que no sea vispera de otra batalla, y para sustentar aquella guerra nos roban á toda Italia? En Asia se gastan nuestros dineros, en Asia perecen nuestros hijos, en Asia murieron nuestros padres, para Asia nos echan tributos, en Asia se consumen los buenos caballos, á Asia llevan nuestros graneros, en Asia se crian todos los ladrones, de Asia nos vienen todos los bulliciosos, en Asia perecen todos los buenos, de Asia nos envian todos los vicios; finalmente, en Asia se gastan todos nuestros tesoros, y en Asia nos matan á todos los excelentes romanos. Pues si éste es el servicio que hace Asia á Roma, ¿para qué quiere Roma continuar la guerra de Asia? Otros príncipes, primero que nosotros, conquistaron á Asia, y tomaron á Asia, y poseyeron á Asia; pero al fin, como vieron que era tierra do ni temian á los dioses, ni conocian sujecion á príncipes, ni estaban atados á leyes ni fueros, acordaron de dejarlos, porque hallaron por experiencia que toda la gente de Asia, ni con guerras les cansan los cuerpos, ni con beneficios les pueden ganar los corazones. No se atrevieron aquellos príncipes á sustentar á Asia por tierra, y pensamos nosotros socorrerla por mar. Desampararonla ellos siendo vecinos, y queremos nosotros sustentarla de léjos. A mi parecer, Asia es una tierra do todos los cuerdos emplearon su cordura, do todos los locos probaron su locura, do todos los soberbios mostraron su soberbia, do todos los príncipes entraron con potencia, do todos los tiranos emplearon su vida; pero al fin, ni aprovechó á los unos el querer, ni á los otros el saber, ni muy ménos el poder. Yo no sé cuál es el hombre que esté bien con Asia, quiera bien á Asia, diga bien de Asia, ni favorezca las cosas de Asia, pues ella nos da ocasion á que tengamos que decir cada dia,

tengamos que suspirar cada noche, y tengamos que llorar cada hora. Si los hombres alcanzasen el secreto de saber los hados en que criaron los dioses á Asia, no debatirían tanto en la conquista della; porque los dioses criáronla en tal signo, para que fuese un pasto común de todos pazcan, una plaza común de todos vendan, un hospital común de todos posean, un tablero común de todos jueguen, una casa común de todos mueran, una patria común de todos queden, y de aquí viene que Asia es deseada de muchos y enseñoreada de pocos, porque siendo como es, común patria, quiere cada uno hacerla su tierra propia. ¿Por ventura pensarás tú, mi Cornelio, que he dicho ya todos los males de Asia? Pues oye, que agora quiero de nuevo formar una querrela; ca según los daños que se le han seguido de Asia á nuestra madre Roma, faltará tiempo para escribir, mas no materia que decir. No sin lágrimas lo digo esto que quiero decir; conviene á saber, que jamás capitán romano mató á diez mil asiáticos con las armas que llevó de Roma, que no perdiese más de cien mil romanos con los vicios que trujo á Roma; de manera que ellos murieron á manos de sus enemigos con honra, y á nosotros nos postraron los vicios con infamia. Pregunto agora yo, ¿cuáles fueron los que inventaron comer en los ausonios públicos, cenar en los huertos secretos, vestirse las mujeres como hombres en el teatro, enmascararse las caras los sacerdotes de Jano, ungirse los hombres como mujeres en el baño, ir oliendo los senadores al Senado, vestir púrpura los príncipes contra el decreto antiguo; comer dos veces al día, como comía Dionisio el tirano; tener mujer y concubina, como lo hacen los de Tiro; decir tales blasfemias á los dioses, cuales jamás fueron oídas en el imperio: estos diez vicios de Asia, Asia los envió presentados á Roma. En los tiempos que en aquellas partes de Oriente andaba muy encendida la guerra, diez muy valerosos capitanes trajeron estos diez vicios á Roma, y perdónalos aquí los nombres, por no querer nombrarles mi pluma, porque sus tan torpes culpas no obscurezcan sus claras hazañas. Antes que Roma tomase conquista con Asia, éramos ricos, éramos pacíficos, éramos sobrios, éramos sabios, éramos honestos, y sobre todo, vivíamos contentos, pero despues acá hémonos dado tan buena maña á olvidar la policía de Roma y á deprender los regalos de Asia, que así pueden hoy deprenderse todos los vicios en Roma como oír todas las ciencias en Grecia. Por lo sobredicho podrán ver todos los príncipes guerreros que provecho sacan de conquistar reinos extraños. Dejemos agora los vicios que en las guerras se cobran, de las virtudes y virtuosos que allí se pierden; hablemos de los dineros, los cuales los príncipes tanto buscan y aman, y en este caso, digo que no hay rey ni reino puesto en extremada pobreza, sino el que toma con reino extranjero extremada conquista. Oh, mi Cornelio! y tú no has visto cómo los príncipes más por voluntad que no por necesidad pierden sus tesoros, piden los ajenos, no les abastan los suyos, toman los de los templos, buscan grandes empréstitos, inventan crudos tributos, dan que decir á los extraños, enemistanse con los suyos; finalmente, ruegan á sus vasallos y humi-

llanse á sus enemigos. Pues te he dicho los daños de la guerra, quíerote agora decir cuál es el origen de la guerra, porque es imposible que el médico aplique al paciente cógrua medicina, si no sabe de qué humor aquella enfermedad peca. Los príncipes, como nacieron de hombres, se criaron con hombres, se aconsejan con hombres y viven con hombres, y al fin ellos son hombres. Ora por soberbia que les sobra, ora por consejo que les falta, imaginan ellos, y áun dicenles otros, que aunque tienen mucho respeto de otros príncipes, pueden poco. Item, les dicen que si es grande su hacienda, ha de ser muy mayor su fama. Item, les dicen que el buen príncipe en muy poco ha de tener lo que heredó de sus padres respeto de lo mucho más que ha de dejar á sus hijos. Item, le dicen que jamás príncipe dejó de sí buena memoria sino inventando una cruda guerra. Item, le dicen que la hora que á uno eligen emperador de Roma, libremente puede conquistar toda la tierra. Oídas por los príncipes estas frívolas razones, como es baja su fortuna y altos sus pensamientos, luego se declaran contra sus enemigos, luego abren sus tesoros, luego juntan grandes ejércitos, y al fin de todo permiten los dioses que pensando ellos de tomar lo ajeno, gastan y pierden lo suyo propio. ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña, que pudiendo con paz ser ricos, queréis con guerra ser pobres! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña, que debiendo y pudiendo ser amados, buscáis con qué seais aborrecidos! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña, que pudiendo gozar de la vida segura, vos sometéis á los vaivenes de la fortuna! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña en que tengáis en poco lo mucho vuestro, y tengáis en mucho lo poco ajeno! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña en que teniendo todos necesidad de vosotros, vosotros os poneis en necesidad de todos! Hágote saber, mi Cornelio, que por muy agudo y solícito que sea un príncipe más que todos los que le precedieron en Roma, es imposible que le sucedan prósperamente todas las cosas de la guerra, porque en lo más peligroso de la guerra, ó le faltan los dineros, ó no le acuden los vasallos, ó los tiempos le son contrarios, ó halla pasos peligrosos, ó le faltan los bastimentos, ó se le amotinan los capitanes, ó viene socorro á sus contrarios; de manera que se ve el triste tan triste, que más guerra hacen á su corazón los pensamientos que no á su tierra los enemigos. Aunque un príncipe no tomase guerra sino por no sufrir la gente de guerra, debria dejar cualquiera guerra. Pregúntote, mi Cornelio, ¿qué igual trabajo á su persona, ó qué mayor daño á su reino del rey pueden hacer sus enemigos, que sea igual ni mayor que el que hacen sus ejércitos? Los enemigos á lo más roban la frontera, mas nuestros ejércitos roban toda la tierra. A los enemigos osamos y podemoslos resistir, mas á los nuestros ni podemos ni los osamos hablar. Los enemigos, cuando más más, saltean una vez al mes y vanse, mas los nuestros roban cada día y quédándose. Los enemigos tienen miedo á sus enemigos, pero los nuestros ni temen á sus enemigos ni han piedad de sus amigos. Los enemigos, cuanto más van, aflojan y se disminuyen, pero los nuestros, cuanto más van, más se encruelen y crecen. Yo no sé qué más guer-

ra que tener los príncipes en sus reinos gente de guerra; porque, según nos muestra la experiencia, éstos son delante los dioses muy culpados, á los príncipes inoportunos, á los pueblos enojosos, de manera que viven en daño de todos y sin provecho de ninguno. Por el dios Mars te juro, mi Cornelio, que más quejas tengo en el Senado de los robos que hacen mis capitanes en el Ilirico, que no de todos los enemigos del pueblo romano. Por lo cual, yo tengo más temor de criar una bandera de cien hombres de guerra, que dar á treinta mil hombres una cruda batalla; porque aquella, bien ó mal, en una hora la despacha ventura, mas con éstos no me puedo apoderar en toda mi vida. Dirásme tú, mi Cornelio, que pues soy emperador romano, por qué no pongo en esto remedio, pues todo lo conozco y todo me es notorio; ca el príncipe que en disimulación se pasa la culpa ajena, con razón le condenarémos en que es ya suya propia. A esto respondo que yo no soy poderoso para poner en ello remedio, sin que deste remedio no naciese otro mayor daño; y como tú no has sido príncipe, no podrás caer en esto que digo; porque muchas cosas conocen los príncipes con su cordura, para el remedio de las cuales ellos no tienen potencia. Así fué, así es y así será; así lo hallé, así lo tengo y así lo dejaré; así lo leí en los libros, así lo vi con mis ojos

y así lo oí de mis pasados; finalmente, digo que así lo inventaron nuestros padres, así lo sustentamos nosotros sus hijos, y por su mal, así lo dejaremos á nuestros herederos. Diréte una cosa, y imagino que no verro mucho en ella, y es, que visto el mucho daño y ningun provecho que trae la gente de guerra á nuestra república, pienso que hacerla y sustentarla, ó es locura de los hombres ó azote dado de los dioses, porque no puede ser cosa más justa que permitir los dioses que sintamos en nuestras casas propias lo que hacemos que otros lloren en casas ajenas. Todas estas cosas he escrito, mi Cornelio, no porque te va nada en que las sepas, sino en que descansa mi espíritu en decirte; porque, según decía Alcibiades, las arcas y las entrañas siempre á los amigos han de estar abiertas. Panuncio, mi secretario, va á visitar esa tierra; dile para tí de camino esa carta; ahí te envío dos caballos; pienso que te contentarás dellos, porque son lusitanos. Las armas y riquezas que tomé á los parthos, ya las tengo todas repartidas; pero todavía te envío dos carros dellas. Mi Faustina te saluda, y te envía un espejo muy rico para tu hija y un joyel de pedrería para tu hermana. No más, sino que pido á los dioses á tí den buena vida, y á mí buena muerte.

## CONTRA LA DISOLUCION EN LA VEJEZ.

### CAPÍTULO PRIMERO.

De una carta que escribió el emperador Marco Aurelio á Claudio y á Claudina, á los cuales reprehende mucho porque, siendo viejos, vivían á manera de mozos. Divide el autor la carta en cuatro capítulos, y es letra muy notable en reprehender á los hombres viejos que son viciosos y disolutos.

Marco, emperador romano, nacido en el monte Celio, á vosotros, marido y mujer, Claudio y Claudina, vecinos y moradores de mi barrio, mucha salud vos envía, y enmienda en la vida vos desea. Estando, como yo estoy, en la conquista de Asia, y residiendo siempre vosotros en Roma, muy tarde sabemos de allá nuevas, y pienso que tan tarde llegan allá nuestras cartas; pero todavía á todos los que van doy para vosotros recomendaciones, y á todos los que vienen pregunto por vuestra salud y personas. Cómo y cuánto sois de mi corazón bien queridos no lo preguntéis á otros sino á vuestros corazones propios, y si vuestro corazón dice que soy amigo sospechoso, yo me doy por condenado. Si acaso os dice vuestro corazón que yo os amo, siendo verdad que os aborrezco, ó si acaso dice que os aborrezco, siendo verdad que os amo, por cierto al tal corazón yo le sacaría de mis entrañas, y le daría á comer á las bestias, porque no hay peor engaño que el que el hombre hace á sí mismo. Si me engaña el extraño, débolo disimular; si me engaña el enemigo, téngolo de remediar; si me engaña mi amigo, débome del que-

jar; pero si me engaño yo á mí mismo, ¿con qué me he de consolar? Ca no hay paciencia que lo sufra, engañarse el corazón en una cosa, sólo de no haber pensado profundamente en ella. Por ventura me arguiréis que ni de allá tengo cuidado, ni letra ninguna os he escrito despues de tanto tiempo; á esto respondo que no echeis la culpa á mi negligencia, sino á la gran distancia de tierras que hay de aquí á Roma, y áun á los muchos negocios de Asia, porque, entre otros, este mal tiene la guerra, que nos priva de la dulce conservación de la patria. Siempre presumí de ser vuestro, y ahora de ninguno como de vosotros lo soy tanto; pues siempre supisteis de mí lo que deseábades saber, y hallé yo en vosotros lo que me conviene hallar, que al fin ningunos he visto tener tanto, valer tanto, saber tanto, ni ser en todo tan poderoso, que algun día no tuviese necesidad de sus fieles amigos. Decía el divino Platon, y decía bien, que el hombre que de corazón ama, ni en ausencia olvida, ni en presencia se descuida, ni en la prosperidad se allega, ni en la adversidad se aparta, ni sirve por provecho, ni ama por interese; finalmente, el caso de su amigo defiéndele como el suyo propio. Várias fueron las opiniones que tuvieron los antiguos en decir para qué fin se tomaban los amigos, pero al fin resumiéronse en que para tres cosas hemos de hacer elección dellos. Lo primero, hemos de tener amigos para tratar y conversar con ellos, porque,

según los sobresaltos desta vida, no hay tiempo tan dulcemente gastado como el que se gasta en conversacion del buen amigo. Lo segundo, hemos de tener amigos para descubrirles todos nuestros pensamientos; porque muy gran alivio es al corazon triste contar á un amigo sus ansias, y sentir que las siente el otro de véras. Lo tercero, hemos de buscar y elegir amigos para que nos ayuden á nuestros trabajos; porque poco aprovecha á mi corazon que oiga con lágrimas el amigo lo que le digo, y despues por remediarme no dé un paso. Lo cuarto, hemos de buscar y conservar los amigos, para que sean protectores de nuestros bienes, y áun tambien que sean censores de nuestros males; porque el buen amigo no ménos es obligado á apartarme de los vicios que me infaman, que librarme de los enemigos que me matan. Ha sido mi fin de decirlo todo esto, para que si en esta carta topáredes alguna palabra desabrida, la tomeis en paciencia, considerando que el amor que os tengo me incita á decirlo, y la fidelidad que os debo no me deja callarlo; ca muchas veces se han de sufrir á los amigos, aunque las digan de véras, palabras de las cuales no se ha de sufrir á otros, aunque las digan de burlas. Vengo, pues, á contar el caso, y plega á los inmortales dioses no sea más de lo que á mí me han dicho, y sea ménos de lo que yo sospecho. Cayo Furio, no poco pariente vuestro y mucho amigo mio, pasando que pasaba al reino de Palestina, vino á ver aquí á Antioquia, y contóme muchas novedades de Italia y muchas nuevas de Roma, y entre las otras, una más que todas encomendé á la memoria, la cual me echó muy gran risa de que la oí, y no poca lástima despues que en ella pensé. ¡Oh! ¡cuántas cosas luégo tomamos en burla, las cuales, despues de bien rumiadas, nos acarrear mucha pena. Tenía el emperador Adriano, mi señor, un truhan, que habia nombre Belfo, mancebo gracioso y agudo, aunque muy malicioso, según los tales lo tienen en uso; y como cenasen unos embajadores de Germania con el Emperador en mucho regocijo y alegría, el truhan comenzó á decir á cada uno de los que allí estaban una gracia envuelta en una malicia, y conociendo Adriano que unos se demudaban, otros mormuraban y otros se corrian, dijo al truhan: «Amigo Belfo, por tu vida y mi servicio que no digas alguna maliciosa burla en esta cena, con que despues, pensando en ella, tengamos mala noche en la cama.» Dijome Cayo Furio tantos escándalos acontecidos en Italia, tantas novedades hechas en Roma, tantas mudanzas de nuestro senado, tantas rencillas de mis vecinos, tantas liviandades de vosotros entrambos, que yo me espanté de oirlas, y he vergüenza de escribirlas. Y no es nada el decir que me las decía, sino ver con cuánto descuido él me las contaba, imaginando que, como él lo decía sin tomar pena, así yo la recibía sin dárseme por ello cosa, como sea verdad que con cada palabra que me decía me tiraba al corazon con una saeta; porque muchas veces nos dicen algunos algunas cosas con descuido, las cuales nos lastiman el corazon en lo vivo. Al juicio y opinion de todos dicenme que estáis muy viejos, y al juicio y parecer vuestro teneis por muy mozos, y dicen más, que así os vestis y componeis agora de nuevo, como si de nuevo viniédeses agora al

mundo; y dicen más, que de ninguna cosa os mostrais tan enojados como cuando os llaman viejos; y dicen más, que en los teatros do se juegan los palios, y en los campos do se corren los animales brutos, no sois vosotros los postreros; y dicen más, que no se inventa juego ni liviandad en Roma, que no se registre primero en vuestra casa; finalmente, dicen que así os dáis á placeres como quien nunca espera pesares. ¡Oh Claudio y Claudina! por el dios Júpiter os juro que yo he vergüenza de vuestra desvergüenza y estoy afrentado de vuestra afrenta, y sobre todo, estoy penado de vuestra culpa, porque al tiempo que os habiades de alzar á vuestra mano, entrastes á soldada de nuevo con el mundo. Muchas cosas cometen los hombres, las cuales, aunque al parecer son graves, la disculpa que dan dellas las hace leves; pero hablando la verdad, á vuestras liviandades y culpas yo no hallo una razon con que las excuse, y hallo dos mil por donde las condene. Decía el filósofo Solon Solonino, en sus leyes á los atenienses, que si el mozo errase, fuese levemente amonestado y gravemente punido, pues era recio, y el viejo, si errase, fuese levemente punido y gravemente amonestado, pues era flaco. Lo contrario desto decía Licurgo en sus leyes á los lacedemonios, conviene á saber, que si el mozo pecase, fuese levemente punido y gravemente amonestado, pues pecaba por inocencia, y el hombre viejo que delinquia, fuese levemente amonestado y gravemente punido, pues pecó por malicia. Siendo, como fueron, de tanta autoridad en aquellos siglos pasados estos dos filósofos, y son de tanto peso sus leyes y sentencias, gran temeridad sería no admitir algunas dellas. Ni admitiendo lo uno ni reprobando lo otro, es mi parecer que gran excusa es para los mozos la ignorancia, y gran condenacion para los viejos la experiencia. Torno otra vez á decir que me perdoneis, amigos míos, y no lo debeis tener en mucho que no sea yo muy recatado en el hablar, pues no lo sois vosotros en vivir; porque de vuestra negra vida toma la tinta mi pluma. Bien me acuerdo yo haber oido que tú, Claudio, fuiste asaz suelto y dispuesto cuando mozo, y tú, Claudina, fuiste no poco graciosa y hermosa cuando moza, de manera que á tus fuerzas tenían envidia muchos, y la hermosura de Claudina era deseada de todos. No quiero, amigos y vecinos míos, escribiros en esta letra, ni traéroslo á la memoria, si tú, Claudio, empleaste tus fuerzas en servicio de la república, y si tú, Claudina, sacaste mucha honra de tu hermosura, ca los hombres de muchas gracias suelen ser notados de muy graves culpas. Aquellos que contigo luchaban, oh Claudio, ya son muertos; aquellos que tú desafiabas, ya son muertos; aquellos que te servian, oh Claudina, ya son muertos; aquellos que delante de tí suspiraban, ya son muertos; aquellos que por tí morian, ya son muertos; y pues son muertos aquellos y sus liviandades, ¿no pensais que habeis de morir vosotros y vuestras locuras? Pregunto ahora yo á la mocedad del uno y á la hermosura del otro, qué teneis de aquellos pasatiempos? qué teneis de aquellos regalos? ¿qué teneis de aquella abundancia? qué teneis de aquel contentamiento? qué teneis de los placeres del mundo? ¿qué teneis de la vanidad pasada? ¿qué esperais llevar de todo esto á la

estrecha sepultura? ¡Oh, bobos de vosotros y inocentes de nosotros, y cómo se nos pasa la vida sin saber en ella vivir; ca no está la felicidad en tener corta ó larga la vida, sino en saber bien emplearla! ¡Oh hijos de la tierra y discípulos de vanidad, agora sabeis que vuela el tiempo sin mover las cosas, camina la vida sin alzar los piés, esgrime la fortuna sin mover los brazos, despídese el mundo sin decirnos cosa, engañannos los hombres sin mover los labios, consúmese la carne sin que nadie lo sienta, muere el corazon sin llevar remedios; finalmente, pásase nuestra gloria como si nunca fuera, y la muerte nos saltea sin llamar primero á la alda! Por inocente que sea uno y por loco que sea otro, no podrá negar que es imposible en la profunda mar hacer fuego, en los riscos muy altos hacer camino, de las sangres delicadas hacer nervios, de las venas muy blandas hacer huesos; quiero decir, que tan posible es para mí que la flor muy verde de la juventud no se torne algun dia marchita con la vejez.

## CAPÍTULO II.

En el cual el Emperador prosigue su carta, y persuade á Claudio y Claudina que, pues son ya viejos, no deben creer al mundo ni á sus regalos.

Esto que ahora he dicho, más aprovecha para avisar á los mozos que no para doctrinar á los viejos, porque vosotros ya habeis pasado la primavera de la puericia y el estío de la juventud y el otoño de la viril edad, y ahora estáis en el invierno de la vejez, do parece muy mal, la cabeza llena de canas, traerla, como mozo, llena de locura. Los mozos, como no saben que se les ha de acabar la mocedad, no es maravilla que sigan al mundo; pero los viejos, que se ven ya deste engaño desengañados, ¿por qué de nuevo se van en pos de los vicios? ¡Oh mundo, y como eres mundo, es tan poca nuestra fuerza y tan grande nuestra flaqueza, que tú lo queriendo y nosotros no lo resistiendo, en el golfo más peligroso nos engolfas, en las breñas más espesas nos emboscas, por las sendas más cerradas nos descaminas, y por los caminos más pedregosos nos adiestras; quiero decir, que en los riscos de mayores favores nos enriscas, porque de allí con un puntapié despues nos despeñes! Oh mundo, en el cual todo es mundo! Cincuenta y dos años há que en tí nací, en los cuales todos nunca me dijiste una verdad, y topéte en diez mil mentiras; nunca cosa te pedí que no me la prometieses, nunca cosa me prometiste que jamas tú me la dieses, nunca contigo traté que no me engañases, jamas á tí me allegué que no me perdiere; finalmente, nunca vi en tí cosa por que te hobiese de amar, y todo cuanto en tí via era digno de aborrecer. Esto presupuesto, no sé qué hay en tí, oh mundo, ó qué falta en nosotros, tus mundanos, que si nos aborreces, no te sabemos aborrecer; si nos riñes, sabemoslo disimular; si nos das de coces, queremoslo sufrir; si nos das de palos, queremoslo callar; aunque nos persigues, no nos queremos quejar; aunque nos tomas lo nuestro, no te lo queremos pedir; aunque nos engañas, no nos queremos á engaño llamar; y lo peor de todo, que nos despides de tu casa, y nosotros no nos queremos ir della. No sé qué se es esto, no sé de dó procede esto, no sé en qué ha

de parar esto, que al mundo, que no nos quiere, seguimos, y á los dioses, que nos aman, aborrecemos. Muchas veces hago cuenta con mis años del tiempo pasado, otras veces revuelvo mis libros para ver lo que he leído, y áun otras veces ruego á mis amigos me den algun buen consejo, y no es para más de alcanzar lo que he dicho y saber esto que quiero decir. Estando yo leyendo en Ródas retórica, teniéndome allí Adriano, mi señor, siendo que era de edad de treinta y dos años, mi carne juvenil, no ménos flaca que tierna, acontecióte que puesta en aquella primavera, hallóse en soledad, y la soledad con la libertad olieron al mundo, y oliendo, sentíle, y sintiéndole, seguíle, y siguiéndole, alcancéle; y alcanzándole, asíle, y asíéndole, probéle, y probándole, gustéle, y gustándole, amargóme, y amargándome, aborrecíle, y aborreciéndole, dejéle, y dejándole, tornóse, y tornándose, recibíle; finalmente, el mundo me convidando y yo no le resistiendo, cincuenta y dos años de un pan hemos comido y en una casa hemos morado. ¿Queréis saber de qué manera el mundo y yo en una casa viviamos, ó por mejor decir, en un corazon morábamos? Pues oid; que en una palabra sola os lo diré. Cuando yo al mundo veia bravo, servíale; cuando él me veia triste, regalábame; cuando yo le veia próspero, pedíale; cuando él me veia alegre, engañábame; cuando yo deseaba una cosa, ayudábame á alcanzar; despues al mejor tiempo que la gozaba, tornábame á quitar; cuando me veia descontento, visitábame; cuando me veia contento, olvidábame; cuando me veia abatido, dábame la mano para subir, y cuando me veia alto, echábame un traspié para caer; finalmente, cuando pienso que tengo algo en el mundo, hallo que todo lo que él tiene es un sueño. Si es algo lo que he dicho del mundo, mucho más es lo que quiero decir de mí, y es, que sin comparacion es muy mayor mi locura que no su malicia; porque siendo tantas veces engañado, me ando en pos del engañador. ¡Oh mundo, mundo, tienes tanto tino en tus desatinos, que nos traes á todos desatinados! De una cosa estoy maravillado, y que á mí mismo no puedo tomar tino, y es, que sin interese ninguno que nos vaya, pudiendo ir por la puente, arrodamos por el vado; estando el vado seguro, nos aventuramos á ir por el golfo; estando el camino seco, nos imos por los trampales; teniendo manjares de vida, buscamos ponzoña de muerte; holgamos de nos perder, pudiendo bien acertar; finalmente, digo que sin interese cometemos la culpa, viendo venir con ella la pena. Muy gran vigilancia deben tener los hombres cuerdos en ver lo que hacen, de examinar lo que dicen, tentar lo que emprenden, mirar á quién se allegan, y sobre todo, conocer de quién se fian; porque es de tan bajo saber nuestro juicio, que para engañarnos basta uno, y para desengañarnos no pueden con nosotros diez mil. Tienen tan gran cuidado de nosotros, digo, el mundo de engañarnos, y la carne de regalarnos, que siendo, como es, el camino estrecho, la senda fragosa, la jornada larga y la vida corta, jamas están nuestros cuerpos sino cargados de vicios, y nuestros corazones sino llenos de cuidados. De muchas cosas en este mundo me he espantado; pero de la que más me he espantado es,